

Los ultra señalaron la primera época del realismo; la congregación caracterizó la segunda. A la pasión sucedía la habilidad. Terminemos aquí nuestro bosquejo.

En el curso de esta narración, el autor de este libro ha encontrado en su camino ese punto curioso de la historia contemporánea; y al pasar, ha debido dirigirle una mirada, y trazar alguno de los perfiles singulares de aquella sociedad desconocida hoy. Pero lo hace rápidamente, y sin ninguna idea amarga ó irrisoria. Algunos recuerdos afectuosos y respetuosos, pues que se refieren á su madre, le unen á ese pasado. Por otra parte, debemos consignarlo, aquel pequeño mundo tenía su grandeza. Podemos sonreírnos; pero no despreciarle ni odiarle. Era la Francia de otros tiempos.

Mario Pontmercy hizo, como todos los niños, ciertos estudios. Al salir de las manos de su tío Guillenormand, su abuelo le entregó á un digno profesor de la más pura inocencia clásica, y aquella alma joven que empezaba á abrirse, pasó de una mozigata á un pedante. Mario pasó los años de colegio para entrar luego en la escuela de jurisprudencia. Era realista, fanático y austero. Amaba poco á su abuelo, cuya alegría y cinismo le desagradaban, y era sombrío con respecto á su padre.

Por lo demás, era un mozo entusiasta y frío, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta la dureza, puro hasta el salvajismo.

IV

Fin del bandido.

La terminación de los estudios clásicos de Mario coincidió con la despedida de la sociedad del señor Guillenormand. El viejo dió un adiós al barrio de San Germán y á las reuniones de la baronesa de T., yendo á establecerse en el Marais en su casa de la calle de las Hijas del Calvario. Allí tenía por criados, además del portero, á la doncella Nicolásita, que había sucedido á la Magnón, y á aquel vasco finchado y cansino, de que hemos hablado anteriormente.

En 1827 Mario acababa de cumplir diecisiete años. Un día, al volver á su casa, vió á su abuelo con una carta en la mano.

—Mario,—dijo el señor Guillenormand,—mañana saldrás para Vernón.

—¿Para qué?—preguntó Mario.

—Para ver á tu padre.

Mario se estremeció.

En todo había pensado, menos en que podría llegar un día en que tuviese que ver á su padre. No podía ocurrirle nada más inesperado, más sorprendente, y digámoslo también, más desagradable. Era la antipatía obligada á convertirse en simpatía; no era un disgusto, pero sí un trabajo pesado.

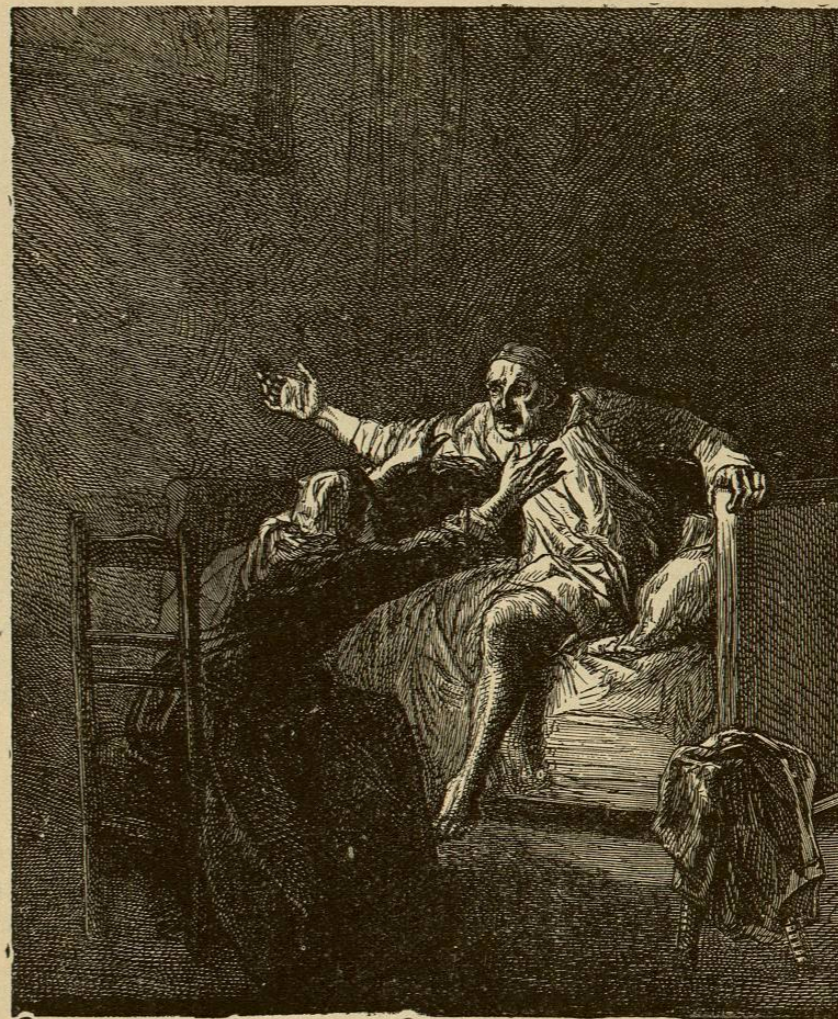
Mario, además de sus motivos de antipatía política, estaba convencido de que su padre, el acuchillador, como le llamaba Guillenormand en sus días de mayor afabilidad, no le amaba; esto era evidente, puesto que así le había abandonado y

entregado á otras manos. Creyendo que no era amado, no amaba. Nada más natural, se decía á sí mismo.

Se quedó tan estupefacto, que no preguntó nada al señor Guillenormand. El abuelo añadió:

—Parece que está enfermo, y te manda llamar.

Y después de un rato de silencio añadió:



—Saldrás mañana por la mañana. Creo que hay en la plazuela de las Fuentes una diligencia que sale á las seis y llega por la noche. Toma billete. Dice que corre prisa.

Después arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Mario hubiera podido partir aquella misma noche y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana, porque salía entonces de la calle Bouloy una diligencia que iba de noche á Ruan, pasando por Vernón.

Pero ni el señor Guillenormand ni Mario pensaron en informarse.

Al día siguiente al anochecer llegaba Mario á Vernón. Principiaban á encenderse las luces. Preguntó al primer transeunte: “¿La casa del señor Pontmercy?...”

Por que interiormente profesaba las ideas de la Restauración, no reconocía por lo tanto en su padre al barón ni al coronel.

Se le indicó la casa. Llamó; fué á abrir una mujer con una lamparilla en la mano.

—¿El señor Pontmercy?—preguntó Mario.

La mujer permaneció inmóvil.

—¿Está aquí?—preguntó Mario.

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Puedo hablarle?

La mujer hizo un signo negativo.

—¿Es que soy su hijo!—dijo Mario.—Me espera.

—Ya no os espera,—dijo la mujer.

Mario observó entonces que la mujer lloraba.

Esta le señaló con el dedo la puerta de una sala baja, donde entró.

En aquella sala, iluminada por una vela de sebo colocada sobre la chimenea, había tres hombres; uno de pie, otro de rodillas y otro en camisa y tendido sobre los ladrillos.

Este era el coronel.

Los dos primeros era un médico el uno, y un sacerdote que estaba orando el otro.

El coronel había sido atacado hacía tres días por una fiebre cerebral; al principio de la enfermedad tuvo un presentimiento fatal, y escribió al señor Guillenormand llamando á su hijo.

El mal había ido en aumento; y el mismo día de la llegada de Mario á Vernón, el coronel había tenido un acceso de delirio. Habíase levantado del lecho y á pesar de los esfuerzos de la criada, gritando: ¡Mi hijo no viene! ¡Voy á buscarlo! Había salido de su cuarto, cayendo sobre los ladrillos de la antesala. Acababa de espirar.

Habían sido llamados el médico y el cura; pero así el médico como el cura llegaron tarde.

También había llegado tarde el hijo.

A la luz crepuscular de la vela se distinguía en la mejilla del yaciente y pálido coronel, una gruesa lágrima que había salido de los ojos del muerto. Su mirada se había apagado, pero la lágrima no se había secado aún. Aquella lágrima era la tardanza de su hijo.

Mario contempló á aquel hombre, á quien veía por primera y última vez; aquella fisonomía venerable y varonil, aquellos ojos abiertos que no miraban, aquellos cabellos blancos, aquellos miembros robustos, en los que se veían en distintos puntos líneas oscuras que eran sablazos, y unas como estrellas rosadas, que eran agujeros de balas. Contempló aquella enorme cicatriz que imprimía un sello de heroísmo en aquella frente, marcada por Dios con el sello de la bondad. Pensaba en que aquel hombre era su padre, y en que estaba muerto; y él permaneció frío.

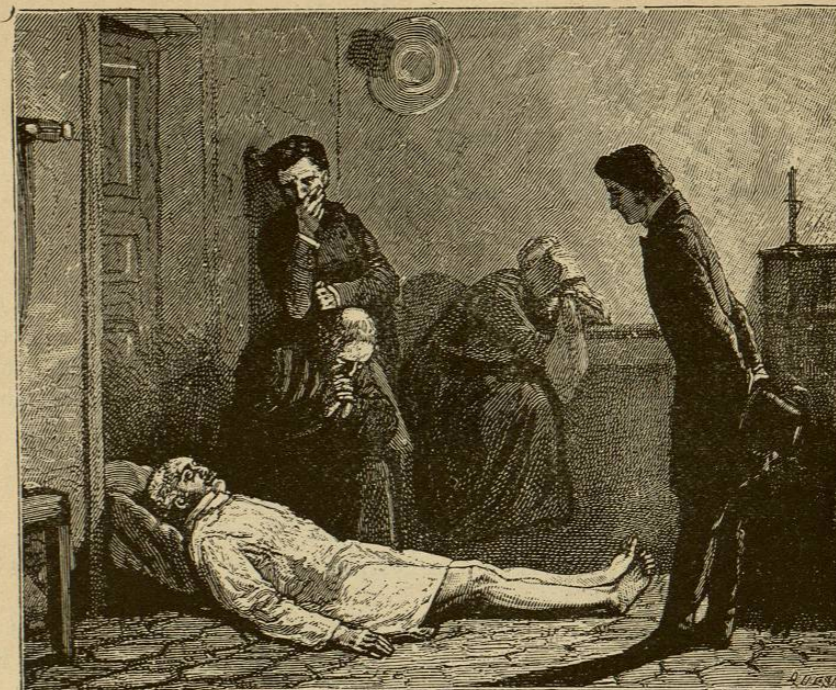
La tristeza que experimentó fué la misma que hubiera sentido ante otro cualquier muerto.

Y sin embargo, en aquella sala se respiraba un profundo dolor. La criada

sollozaba en un rincón, el cura rezaba y se le oía sollozar también, el médico se secaba las lágrimas, el cadáver lloraba igualmente.

Aquel médico, aquel cura y aquella mujer miraban á Mario al través de su aflicción sin decir una palabra. El era allí el extraño.

Mario, escasamente conmovido, avergonzado, y en una situación embarazosa, tenía el sombrero en la mano, y le dejó caer al suelo para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerle.



Al mismo tiempo sentía como un remordimiento, y se avergonzaba de obrar así. Pero ¿era suya la culpa? No amaba á su padre. ¡Y qué!

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles apenas pagaba el entierro.

La criada encontró un pedazo de papel, que entregó á Mario, en el cual estaba escrito lo siguiente, de mano del coronel:

“Para mi hijo.”—El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. La Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre; “mi hijo le tomará y le llevará. No hay que decir que será digno de él.” A la vuelta, el coronel había añadido:

“En la misma batalla de Waterloo, un sargento me salvó la vida: se llamaba “Thénardier. Creo que últimamente tenía una posada en un pueblo de los alrededores de París, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encuentra, haga en “su favor todo cuanto pueda.”

No por veneración á su padre, sino por ese vago respeto á la muerte que tan imperiosamente vive en el corazón del hombre, Mario tomó el papel y se lo guardó.

Nada quedaba del coronel. El señor Guillenormand mandó vender á un

prendero su espada y su uniforme. Los vecinos devastaron el jardín y saquearon las flores más raras; las demás plantas se convirtieron en abrojos y maleza, y murieron.

Mario, sólo permaneció cuarenta y ocho horas en Vernón. Después del entierro volvió á París, y se entregó de nuevo al estudio de las leyes, sin pensar más en su padre, como si jamás hubiera existido.

A los dos días estaba enterrado el coronel, y á los tres olvidado.

Mario llevaba una gasa en el sombrero. Esto fué todo.

V

Utilidad del ir á misa para hacerse revolucionario.

Mario había conservado las costumbres religiosas de su infancia. Un domingo que fué á oír misa á San Sulpicio, á la misma capilla de la Virgen á que le llevaba su tía cuando era pequeño, estaba distraído y más pensativo que de costumbre; se había colocado detrás de un pilar, arrodillándose, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrech, en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: "Mabeuf, obrero."

En cuanto comenzó la misa, se presentó un anciano y dijo á Mario:

—Caballero, este es mi sitio.

Mario se levantó en seguida, y el viejo se sentó en su silla.

Acabada la misa, Mario permaneció reflexivo á algunos pasos de distancia; el viejo se le acercó otra vez y le dijo:

—Os pido perdón, caballero, por haberos distraído antes y de distraeros todavía un momento; pero tal vez me habréis creído impertinente, y debo daros una explicación.

—Es inútil, caballero,—dijo Mario.

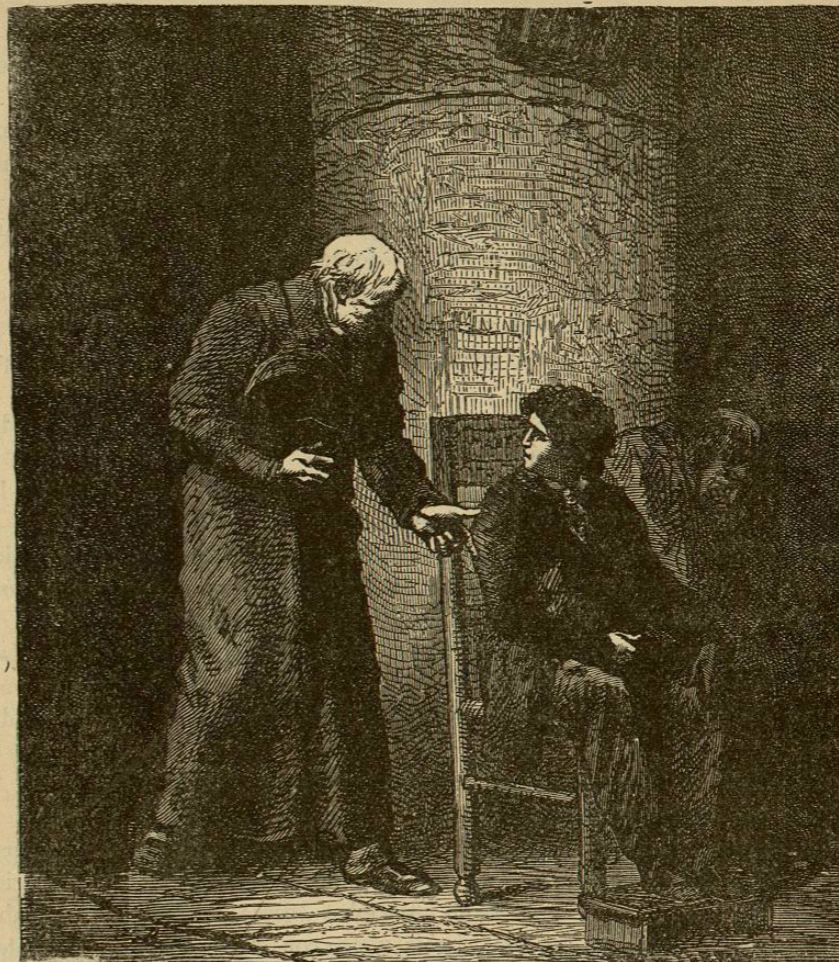
—¡Oh!—contestó el viejo.—No quiero que forméis mal concepto de mí. Este sitio es mío. Me parece que desde él encuentro la misa mejor. ¿Por qué? Voy á deciroslo. A este mismo sitio he visto venir por espacio de diez años, cada dos ó tres meses regularmente, á un pobre padre que no tiene otro medio ni otra oportunidad de ver á su hijo, porque se lo impedían cuestiones de familia. Venía á la hora en que sabía que acompañaban á su hijo á misa. El niño no sabía que su padre estaba aquí; ni aún sabía tal vez el inocente que tuviese un padre. El padre se ponía detrás de una columna para que no le viesen; contemplaba á su hijo y lloraba. ¡Cuánto adoraba al niño aquel pobre hombre! Yo lo veía. Este sitio resulta como santificado para mí, y he tomado la costumbre de oír misa en él. Le preferí al banco de la obra, que tengo derecho á ocupar. Traté un poco al caballero de quien os hablo. Tenía un suegro y una tía rica, y parientes que creo amenazaban desheredar al hijo si veía á su padre. Y él se sacrificaba, porque su hijo fuese algún día rico y feliz. Les separaban opiniones políticas. No desapruébo yo el que se tengan opiniones políticas; pero hay personas que no saben contenerse prudentemente. ¡Dios mío! Porque un hombre haya estado en Waterloo, no es un monstruo; por esto no se debe separar á un padre de su hijo. Era un coronel

de Bonaparte, que ha muerto, según creo. Vivía en Vernón, donde tengo un hermano cura; se llamaba algo así como Pontmarle ó Montpercy. Tenía, por cierto, una gran cicatriz de un sablazo.

—Pontmercy,—dijo Mario, palideciendo.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Le habéis conocido?

—Caballero,—dijo Mario,—era mi padre.



El anciano obrero juntó las manos y exclamó:

—¡Ah, sois vos su hijo! Sí, esto es, ahora debe ser un hombre ya. Pues bien; podéis decir que habéis tenido un padre que os quiso mucho.

Mario ofreció su brazo al anciano, y le acompañó hasta su casa.

Al día siguiente dijo al señor Guillenormand:

—Hemos arreglado con algunos amigos una partida de caza. ¿Permitís que me ausente por tres días?

—¡Por cuatro!—respondió el abuelo.—Anda, diviértete.

Y guiñando el ojo, dijo en voz baja á su hija:

—¡Algún amorcillo!